

PARRIS: Vamos, señora Ann, sólo pensaron que era una bruja, y estoy seguro de que aquí no hay nada de brujería.

PUTNAM: ¡Nada de brujería! Vamos, señor Parris, ved que

PARRIS: Thomas, Thomas, os ruego, no habléis de brujería. Sé que vos no me desearíais, y vos menos que nadie, Thomas, tan desastrosa acusación. No podemos pensar en brujería. A gritos me echarán de Salem por semejante corrupción en mi casa.

(Dos palabras acerca de Thomas Putnam. Era un hombre con muchos rencores, de los que, por lo menos uno, parece justificado. Tiempo atrás, el cuñado de su esposa, James Bayley, llenaba todos los requisitos y contaba con dos tercios de los votos necesarios, pero un sector impidió su designación por razones que no son claras.)

Thomas Putnam era el hijo mayor del hombre más rico del lugar. Había peleado contra los indios en Narragansett y se interesaba profundamente por los asuntos parroquiales. Indudablemente, se sintió mal retribuido por la comunidad que tan escandalosamente desairaba a su candidato para uno de los cargos más importantes del pueblo, tanto más cuanto que él mismo se consideraba intelectualmente superior a la mayoría de la gente que había a su alrededor.

Su naturaleza vengativa quedó demostrada mucho antes de que comenzara la "caza de brujas". George Burroughs, otro ex párroco de Salem, había tenido que obtener dinero prestado para pagar el entierro de su esposa y, como la parroquia se atrasaba en el pago de su salario, pronto se encontró en bancarrota. Thomas y su hermano John hicieron encarcelar a Burroughs por deudas que el hombre no debía.

El incidente es importante sólo porque Burroughs consiguió ser párroco allí donde Bayley, cuñado de Thomas Putnam, fue rechazado; el motivo de resentimiento es aquí claro. Thomas Putnam sintió que su propio nombre y el honor de su familia habían sido mancillados por el pueblo y se propuso desquitarse como pudiera.

Otra razón para creerlo un hombre profundamente amargado fue su intento de destruir el testamento de su padre, quien había legado una suma desproporcionada a un hermanastro. Como en todos los pleitos públicos en que trató de forzar las cosas, también fracasó en éste.

No es sorprendente, pues, hallar tantas acusaciones de puño y letra de Thomas Putnam, o que tan frecuentemente se haya encontrado su nombre en calidad de testigo corroborando los testimonios destinados a probar lo sobrenatural, o que su hija iniciase el griterío en los trances más oportunos durante los procesos, especialmente cuando... Pero ya hablaremos de esto a su tiempo.)

PUTNAM (en este momento está decidido a empujar al abismo a Parris, por quien siente desprecio): Señor Parris, en todas las disputas aquí habidas he estado de vuestra parte, y así continuaría; pero no puedo, si os resistís en esto. Es píritus dañinos, vengativos, están arrebatando a estas criaturas.

PARRIS: Pero Thomas, no podéis...

PUTNAM: ¡Ann! Dile al señor Parris lo que has hecho.

ANN: Reverendo Parris, he dejado bajo tierra a siete niños sin bautizar. Creedme, señor, jamás habéis visto nacer niños más robustos. Y sin embargo, cada uno de ellos estaba destinado a marchitarse en mis brazos la misma noche de su nacimiento. Yo nada he dicho, pero es mi corazón el que ha insinuado a voces. Y ahora, este año, mi Ruth, mi única..., la veo tornarse extraña: taciturna criatura se ha vuelto este año y se está encogiendo como si una boca sedienta le sorbiese hasta la vida. Y entonces pensé en que fuese a ver a vuestra Títuba.

PARRIS: ¡A Títuba! ¿Qué podría Títuba...?

ANN: Títuba sabe cómo hablar a los muertos, señor Parris.

PARRIS: ¡Señora Ann..., es un enorme pecado invocar a los muertos!

ANN: Mi alma cargue con ello; ¿pero quién, si no, podría decirnos con certeza qué persona mató a mis niños?

PARRIS (*horrorizado*): ¡Mujer!

ANN: ¡Fueron asesinados, señor Parris! ¡Y tomad nota de esta prueba! ¡Tomad nota! Anoche mi Ruth estuvo más cerca que nunca de sus almitas; lo sé, señor. ¿Pues cómo es que ha enmudecido ahora, si no porque algún poder de las tinieblas le ha paralizado la boca? ¡Es una señal prodigiosa, señor Parris!

PUTNAM: ¿No comprendéis, señor? Hay entre nosotros una bruja asesina, decidida a mantenerse en las sombras. (*Parris se vuelve hacia Betty evidenciando un creciente terror frenético.*) Dejad que vuestros enemigos piensen lo que quieran, vos no lo podéis ignorar.

PARRIS (*a Abigail*): Entonces, invocabais espíritus, anoche.

ABIGAIL (*en un susurro*): Yo no, señor... Títuba y Ruth.

PARRIS (*se vuelve ahora, con nuevo temor; va hacia Betty, la observa y luego, con la mirada fija en el vacío*): ¡Oh, Abigail, qué adecuada retribución a mi generosidad! Ahora estoy perdido.

PUTNAM: No estáis perdido. Hacedos fuerte, ahora. No esperéis a que nadie os acuse. Declaradlo vos mismo; habéis descubierto una brujería...

PARRIS: ¿En mi casa? ¿En mi casa, Thomas? Me derribarán con esto. Harán de ello una... (*Entra Mercy Lewis, la sirvienta de los Putnam, una muchacha de dieciocho años, gorda, taimada y despiadada.*)

MERCY: Con vuestro perdón. Sólo quise ver cómo está Betty.

PUTNAM: ¿Cómo es que no están en casa? ¿Quién está con Ruth?

MERCY: Vino la abuela. Mejoró algo, creo... Antes dió un tremendo estornudo.

ANN: ¡Ah, es un signo de vida!

MERCY: Yo ya no temería, señora Putnam. Fué un gran estornudo; otro así y estoy segura que del sacudón le vuelve el juicio. (*Va al lecho a mirar.*)

PARRIS: ¿Queréis dejarme ahora, Thomas? Rezaría un momento a solas.

ABIGAIL: Tío, habéis rezado desde medianoche. Por qué no bajáis y...

PARRIS: No... no. (*A Putnam*): No tengo respuesta para esa multitud. Esperaré hasta que llegue Hale. (*Invitando a Ann a salir*): Tended a bien, señora Ann...

PUTNAM: Y bien, señor. ¡Lanzaos contra el Diablo y el pueblo os bendicirá por ello! Bajad, habladles..., orad con ellos. Están sedientos de vuestra palabra, señor. Confío en que oraréis con ellos.

PARRIS (*dominado*): Los guiaré en un salmo, pero nada digáis de brujería por ahora. No he de discutirlo. La causa es aún desconocida. He tenido bastantes disputas desde que llegué. No quiero más.

ANN: Mercy, tú vas a casa a acompañar a Ruth, ¿me oyes?

MERCY: Sí, señora.

(*Sale Ann Putnam.*)

PARRIS (*a Abigail*): Si se lanza a la ventana, llámame en seguida.

ABIGAIL: Lo haré, tío.

PARRIS (*a Putnam*): Hay una fuerza terrible, hoy en sus brazos. (*Sale con Putnam.*)

ABIGAIL (con contenido azoramiento): ¿Qué tiene Ruth?

MERCY: Es espeluznante, no sé...; desde anoche parece caminar como una muerta.

ABIGAIL (se vuelve súbitamente y va hacia Betty; con temor en la voz: ¡Betty! (Betty no se mueve. La sacude): ¡Acaba de una vez! ¡Betty! ¡Levántate! (Betty no se mueve. Mercy se acerca.)

MERCY: ¿Ensayaste golpearla? Yo le di a Ruth una buena y eso la despertó por un rato. Anda, déjame a mí.

ABIGAIL (rechazando a Mercy): No, él subirá en seguida. Escúchame. Si nos interrogan, diles que bailábamos... Eso es todo lo que yo le dije.

MERCY: Bueno. ¿Y qué más?

ABIGAIL: Él sabe que Títuba conjuró a las hermanas de Ruth a levantarse de la tumba.

MERCY: ¿Y qué más?

ABIGAIL: Te vió desnuda.

MERCY (batiendo palmas, con una risita asustada): ¡Jesús!

(Entra Mary Warren, sin aliento. Es una muchacha de diecisiete años, servil, simple, triste.)

MARY: ¿Qué haremos? ¡El pueblo está en la calle! ¡Recién lleigo de la granja; toda la comarca habla de brujería! ¡Abby, nos acusarán de brujas!

MERCY (apuntando y mirando a Mary): Ella piensa confesar, lo sé.

MARY: Tenemos que confesar, Abby. ¡Por brujería ahorcan...; ahorcan como en Boston hace dos años! ¡Abby, debemos decir la verdad! Por bailar y las otras cosas, sólo te azotarán.

ABIGAIL: ¡Oh... nos azotarán!

MARY: Yo no hice nada de eso, Abby. Yo miraba solamente.

MERCY (yendo amenazadora hacia Mary): ¡Ah! Tú eres especial para mirar, ¿no es cierto, Mary Warren? Para espiar sí que eres valiente. (Betty, en la cama, se queja. Abigail se vuelve instantáneamente.)

ABIGAIL: Betty. (Va hacia Betty): Vamos, querida Betty, despierta ya. Es Abigail. (La incorpora y la sacude furiosamente): ¡Betty, voy a pegarte! (Betty se queja): Ajá, parece que mejoras. Hablé con tu papá y le conté todo. De modo que no hay nada que...

BETTY (asustada de Abigail, salta de la cama como una luz y pegada de espaldas a la pared): ¡Quiero a mi mamá!

ABIGAIL (con alarma, mientras se aproxima cautelosamente a Betty): Betty, ¿qué te pasa? Tu mamá está muerta y enterrada.

BETTY: ¡Quiero volar hacia mamá! ¡Dejadme volar! (Extiende los brazos como para volar, largándose hacia la ventana por donde alcanza a pasar una pierna.)

ABIGAIL (arrastrándola lejos de la ventana): Le conté todo, él ya sabe, ahora ya sabe todo lo que nosotras...

BETTY: Tú bebiste sangre, Abigail, eso no se lo contaste.

ABIGAIL: ¡Betty, no volverás a decir eso! Nunca jamás...

BETTY: ¡Lo hiciste, lo hiciste! ¡Bebiste un encantamiento para que muera la mujer de John Proctor! ¡Sí! ¡Bebiste un encantamiento para matar a la señora Proctor!

ABIGAIL (la abofetea): ¡Calla! ¡Basta ya!

BETTY (desplomándose en el lecho): ¡Mamá, mamá! (Se deshace en sollozos.)

ABIGAIL: Atended. Vosotras todas. Bailábamos. Y Títuba invocó a las hermanas de Ruth Putnam. Y eso es todo. Y acordaos de esto: que se os escape una palabra, a cualquiera de vosotras, o la sombra de una palabra acerca de las otras cosas, y apareceré en lo más negro de una noche horrible y os ajustaré las cuentas hasta el escalofrío. ¡Y vosotras sabéis que yo puedo hacerlo; he visto cómo, sobre la almohada junto a la mía, los indios destrozaban las cabezas de mis pobres padres, y he visto algunas otras sangrientas faenas realizadas en la noche, y puedo hacer que vosotras os lamentéis de haber visto siquiera que se puso el sol! (Va hacia Betty y rudamente la incorpora): ¡Vamos tú... siéntate y acaba con esto! (Pero Betty se desploma en sus brazos y yace inerte en el lecho.)

MARY (históricamente asustada): ¡Qué le dio! (Mirando despavorida a Betty): ¡Abby, se va a morir! Conjurar es un pecado y nosotras...

ABIGAIL (yendo hacia Mary): ¡Mary Warren, te he dicho que te calles!

(Entra John Proctor. Al verlo, Mary retrocede asustada.)

(Proctor era un agricultur de unos treinta y cinco años. No tiene por qué haber sido miembro de ningún bando del pueblo, pero hay indicios que sugieren que era violento y mordaz con los hipócritas. Era la clase de hombre —poderoso de cuerpo, bien dispuesto y difícilmente dominable— que no puede rehusar su apoyo a militantes de ningún partido sin provocar su más hondo resentimiento. En presencia de Proctor todo necio sentía instantáneamente su necedad... y por cosas así, un Proctor siempre está expuesto a la calumnia.

Pero como veremos, las tranquilas maneras que él exhibe no surgen de un alma libre de tormentos. Es un pecador, un pecador no sólo ante la moral imperante en la época, sino ante su propia visión de lo que es una conducta decente. Aquella gente no disponía de un ritual para lavar sus pecados. Es otro rasgo que hemos heredado de ellos, y que lo mismo nos ha ayudado a disciplinarnos como a fomentar entre nosotros la hipocresía. Proctor, respetado y hasta temido en Salem, ha llegado a considerarse a sí mismo una especie de

fraude. Pero nada de esto ha aparecido todavía en la superficie; y cuando entra, viniendo de la concurrida sala de abajo, lo que vemos es un hombre en la flor de la vida con una tranquila confianza y una inexpresada fuerza oculta. Mary Warren, su sirvienta, apenas puede hablar por la turbación y el miedo.)

MARY: ¡Oh! Ya me estoy marchando a casa, señor Proctor.

PROCTOR: ¿Eres boba, Mary Warren? ¿Eres sorda? Te prohibí dejar la casa, ¿no es cierto? ¿Para qué te pago? Tengo que vigilarte más que a mis vacas.

MARY: Sólo vine a ver los grandes acontecimientos del mundo.

PROCTOR: Grandes acontecimientos en el traste voy a darte yo uno de estos días. ¡Vete a casa; mi mujer tiene tarea para tí! (Ella sale lentamente, tratando de conservar un resto de dignidad.)

MERCY (extrañamente fascinada y a la vez atemorizada): Es mejor que me vaya. Debo atender a mi Ruth. Buenos días, señor Proctor.

(Evitando la proximidad de Proctor, Mercy sale rápidamente. Desde la aparición de Proctor, Abigail ha permanecido como en punta de pies, bebiendo su figura, con ojos dilatados. Él le echa una mirada y va hacia el lecho de Betty.)

ABIGAIL: ¡Por Dios! ¡Ya casi había olvidado lo fuerte que eres, John Proctor!

PROCTOR (mirando a Abigail con una vaga sonrisa de inteligencia apenas esbozada en el rostro): ¿Qué diablura es ésta?

ABIGAIL (con una risita nerviosa): Nada; sólo está medio tonta.

PROCTOR: Desde la mañana, el camino de mi casa se ha convertido en una peregrinación a Salem. El pueblo entero había de brujería.

ABIGAIL: ¡Bah, cuentos! (Se le acerca, persuasiva, con un aire confidencial y travieso): Anoche estábamos bailando en el bosque y mi tío nos sorprendió. El se asustó. Eso es todo.

PROCTOR (ensanchando su sonrisa): ¡Ah, traviesa como siempre! ¿no? (Esperanzada, Abigail deja escapar una risita y se atreve a acercársele, mirándolo febrilmente en los ojos.) Te meterán en el cepo antes de que cumplas los veinte. (Hace ademán de irse pero ella se interpone.)

ABIGAIL: Dime algo, John. Algo tierno. (Su vehemencia destruye la sonrisa de Proctor.)

PROCTOR: No, Abby, no, eso ha terminado.

ABIGAIL (insultante): ¿Cinco millas viajas tú por ver volar a una tonta? Te conozco...

PROCTOR (apartándola con firmeza): Vengo a ver qué enredo está tramando tu tío ahora. (Categórico.) Quítatelo de la cabeza, Abby.

ABIGAIL (asiéndole una mano antes de que él la haya soltado): John..., me paso las noches esperándote.

PROCTOR: Nunca he prometido venir a verte, Abby.

ABIGAIL (no puede creerle; con cólera creciente): ¡Creo tener algo más que promesas!

PROCTOR: Abby, te quitarás eso de la cabeza. No vendré más por ti.

ABIGAIL: Te estás burlando de mí.

PROCTOR: Tú sabes que no.

ABIGAIL: Lo que sé es cómo me estrechabas en los fondos de tu casa, y sudabas como un caballo cada vez que me acercaba. ¿O es que lo he soñado? Quien me echó fue ella, no puedes simular que fuiste tú. Te vi el rostro cuando ella me echó, y me amabas entonces y me amas ahora.

PROCTOR: Abby, eso es decir una salvajada.

ABIGAIL: Una salvaje puede decir salvajadas. Pero no tanta salvajada, creo. Te he visto desde que ella me echó; te he visto por las noches.

PROCTOR: En estos siete meses apenas si he salido de mi granja.

ABIGAIL: Soy sensible al calor, John, y el tuyo me ha arrastrado hasta mi ventana y te he visto mirando hacia arriba, ardiendo en tu soledad. ¿Vas a decirme que no has mirado hacia mi ventana?

PROCTOR: Pude haber mirado.

ABIGAIL (ablandándose): Con seguridad, John. No eres de invernadero. Te conozco, John. Yo te conozco (Está llorando.) Los sueños no me dejan dormir; en cuanto empiezo a soñar me despierto y camino por la casa como si fuera a encontrarte viniendo por alguna puerta. (Lo abraza desesperadamente.)

PROCTOR (apartándola suavemente, con gran compasión pero firmemente) Niña...

ABIGAIL (en un arranque de ira): ¡Cómo me llamas niña!

PROCTOR: Puede que te recuerde con dulzura de cuando en cuando, Abby. Pero me cortaré una mano antes que volver a tocarte. Bórralo de la mente. Nunca nos hemos tocado, Abby.

ABIGAIL: Es que sí nos tocamos.

PROCTOR: Es que no nos tocamos.

ABIGAIL (con amargo enojo): Oh, me admira que un hombre tan fuerte pueda permitir que una esposa tan débil...

PROCTOR (enojado..., como si también se lo dijese a sí mismo): ¡No dirás nada a Elizabeth!

ABIGAIL: ¡Ella está ensuciando mi nombre en el pueblo!
¡Anda diciendo mentiras de mí! ¡Es una mujer fría y llorona,
y tú te sometes a ella! Deja que te convierta en...

PROCTOR (*sacudiéndola*): ¡Quieres que te azote? (*Debajo lle-
gan voces entonando un salmo.*)

ABIGAIL (*entre lágrimas*): ¡Quiero a John Proctor, el que
interrumpió mi sueño y abrió los ojos de mi corazón! Yo no
sabía lo hipócrita que era Salem, ni me daba cuenta de las
mentiras que me enseñaban todas esas mujeres beatas y sus
aliados esposos. Y ahora pretendes que me arranque esa luz
de los ojos. ¡No lo haré, no puedo! ¡Me amaste, John Proc-
tor, y por más pecado que sea, aún me amas! (*Él se vuelve
bruscamente para salir. Ella corre tras él*) ¡John, piedad...;
ten piedad de mí!

(*Al oírse las palabras del salmo "yendo hacia Jesús" Betty
se tapa súbitamente los oídos y se queja en voz alta.*)

ABIGAIL: ¡Betty! (*Corre hacia Betty, que ahora está sen-
tada, chillando. Mientras Abigail trata de bajarle las manos,
Proctor se acerca diciendo "¡Betty!"*)

PROCTOR (*con creciente nerviosidad*): ¿Qué estás haciendo?
Niña, ¿qué te ocurre? ¡No grites así! (*El canto se ha dete-
nido y ahora irrumpe Parris en la habitación.*)

PARRIS: ¿Qué ocurrió? ¿Qué le estáis haciendo? ¡Betty!
(*Corre hacia el lecho gritando "¡Betty, Betty!"*)

(*Entra Ann Putnam, con curiosidad febril y, tras ella, Tho-
mas Putnam y Mercy Lewis. Parris, junto al lecho, palmea
suavemente el rostro de Betty, mientras ella gime y trata de
levantarse.*)

ABIGAIL: Os oyó cantar y de pronto se levantó gritando.

ANN: ¡El salmo, el salmo! ¡No soporta que se pronuncie
el nombre del Señor!

PARRIS: No, no lo permita Dios. ¡Mercy, corre a lo del
médico! ¡Cuéntale lo que ocurrió aquí! (*Mercy Lewis sale
corriendo.*)

ANN: ¡Un indicio! ¡Ved en ello un indicio!

(*Entra Rebecca Nurse, de setenta y dos años de edad, de
cabellera blanca, apoyándose en su bastón.*)

PUTNAM (*señalando a la sollozante Betty*): ¡Este es un
evidente indicio de brujería desatada, Rebecca Nurse, un pro-
digioso indicio!

ANN: ¡Mi madre me lo dijo! Cuando no pueden soportar
que el nombre del Señor sea...

PARRIS (*temblando*): Rebecca, Rebecca, acude a ella, esta-
mos perdidos. Repentinamente, no soporta que el nombre del
Señor sea...

(*Entra Giles Corey, de ochenta y tres años, musculoso,
digno, inquisitivo, poderoso todavía.*)

REBECCA: Hay un enfermo grave aquí, Giles Corey, haz el
favor de guardar silencio, pues.

GILES: No he dicho una palabra. Ninguno de los presentes
puede acusarme de haber dicho una palabra. ¿Va a volar otra
vez? Dicen que vuela.

PUTNAM: ¡Cállate, hombre!

(*Todo es silencio. Rebecca cruza la habitación hacia el
lecho; rebosa dulzura. Betty, con los ojos cerrados, solloza
quedamente. Rebecca simplemente se ha plantado ante la niña,
quien se aquietta gradualmente.*)

(*Y mientras están tan absortos, podemos decir algo sobre
Rebecca.*)

*Rebecca era la esposa de Francis Nurse quien, según todas
las referencias, era uno de esos hombres a quienes las dos*

partes de una discusión tienen que respetar. Era llamado, cual si fuese un juez extraoficial, para intervenir como árbitro en las disputas, y Rebecca también gozaba de la alta opinión que la gente tenía de él.

Por la época del drama, poseían doscientas hectáreas y sus hijos estaban instalados en casas separadas dentro de la misma propiedad. Originalmente, Francis había arrendado el lugar y hay una teoría que sostiene que mientras lo fue pagando, y de este modo elevando su condición, hubo quienes vieron su progreso con resentimiento.

Otra sugerencia para explicar la sistemática campaña contra los Nurse se encuentra en la guerra que, por sus tierras, sostuvieron contra sus vecinos, uno de los cuales era un Putnam. Esta pendencia creció hasta adquirir proporciones de batalla en un encuentro entre partidarios de ambos bandos y se dice que duró dos días.

En cuanto a Rebecca misma, era tan elevada la opinión general acerca de su carácter, que para explicar cómo se atrevió alguien a acusarla de bruja —y más, cómo es que gente adulta pudo llegar a ponerle la mano encima— debemos fijarnos en las tierras de aquel tiempo y sus divisiones.

Como hemos visto, el candidato de Thomas Putnam para el ministerio de Salem era Bayley. El plan de Nurse habla figurado en la facción que impidió el nombramiento de Bayley. Por añadidura, ciertas familias vinculadas a los Nurse por lazos de sangre o amistad, y cuyas granjas eran contiguas o vecinas de la de Nurse, se aliaron para romper con la autoridad municipal de Salem, y fundaron una entidad nueva e independientemente, Topsfield, cuya existencia provocó el enojo de los viejos salemitas.

Que la mano que movía los hilos del escándalo era la de Putnam queda indicado por el hecho de que, tan pronto como el mismo empezó, esa facción Topsfield-Nurse se ausentó de la iglesia en señal de protesta e incredulidad. Fueron Edward y Jonathan Putnam quienes firmaron la primera demanda contra Rebecca; y la pequeña hija de Thomas Putnam fue la que cayó en trance durante la audiencia y señaló a Rebecca como su atacante.

Como culminación de todo eso, la señora Putnam —que ahora está con la mirada fija en la embrujada niña del lecho— pronto acusó al espíritu de Rebecca de "tentarla a la iniquidad", acusación que encerraba más verdad de la que la señora Putnam podía sospechar.)

ANN (atónita): ¿Qué has hecho? (Rebecca, pensativa, se aleja del lecho y se sienta.)

PARRIS (maravillado y aliviado): ¿Qué piensas de esto, Rebecca?

PUTNAM (ansiosamente): Rebecca Nurse, ¿irás a ver a mi Ruth y tratarás de despertarla?

REBECCA (sentada): Creo que despertará a su tiempo. Por favor, calmaos. Tengo once hijos y soy veintiséis veces abuela y los he acompañado a todos en sus temporadas bobas y cada vez que les agarraba, sus diabluras dejaban chiquito al mismo Demonio. Creo que despertará cuando se canse de esto. El alma de una criatura es como una criatura, nunca podréis alcanzarla corriendo tras ella; hay que quedarse quieto y pronto volverá por sí misma, en busca de cariño.

PROCTOR: Sí, Rebecca, ahí está la verdad.

ANN: Rebecca, esto no es ninguna temporada boba. Mi Ruth está aturdida, Rebecca; no puede comer.

REBECCA: Tal vez no esté hambrienta todavía. (A Parris.) Espero que no estéis decidido a salir en busca de espíritus errantes, señor Parris. He oído anunciarlo afuera.

PARRIS: En la parroquia se extiende la creencia de que el Diablo puede hallarse entre nosotros y estoy dispuesto a cumplir con ellos demostrándoles que están equivocados.

PROCTOR: Entonces hablad claro y decidles que están equivocados. Antes de llamar a ese ministro a que busque demonios, ¿habéis consultado con los consejeros?

PARRIS: ¡No viene a buscar demonios!